

JACK EL DESTRIPIADOR

hijas salgan solas de noche. En la iglesia de Santa María de Wakefield, las visperas comienzan a las tres y media de la tarde en lugar de a las seis y media. "Por razones de seguridad —explica el reverendo— y también porque a los oficios comenzaba a no ir nadie".

Escasean las prostitutas

En las calles tenebrosas de Chapeltown, las putas comienzan a escasear. Las prostitutas "a tiempo parcial" se han volatilizado y las profesionales han emigrado a Nottingham o a otras zonas. Pero no por ello se han disparado los precios: sigue costando unas setecientas pesetas la visita. "Claro que tenemos miedo —nos dice Zoe, de veintidós años, chupete en mano—, pero, ¿qué puede una hacer cuando hay dos bocas que alimentar?". Y saca de su monedero de piel de cocodrilo dos fotos de niños de pecho. "Lo peor —continúa— es que los clientes vacilan en venir ahora. Saben que el barrio está lleno de polis. Ya no pueden venir aquí discretamente".

Poco a poco, el "triángulo de la muerte" (Leeds-Bradford-Huddersfield) se acostumbra a vivir con su monstruo. Al final de los partidos de fútbol, los niños se ponen a cantar: "Sólo hay un Jack el Destripador. Pero nadie conseguirá atraparlo". O, dando palmadas: "Marcador: doce-cero". Al comisario Oldfield no le gustan esas bromas...

Al viejo George le fastidia que se tome a Jack tan a la ligera. Y advierte: "Cuidado... La próxima vez puede tocarle a su hija, a su esposa o a su amiguita". Hay treinta mil libras dispuestas para todo aquél que permita identificar al monstruo. Y quinientos polis, en pie de guerra, esperan la llamada telefónica o la carta que los conduzca por fin hasta la deseada presa. Si a veces se sienten fatigados, jamás pierden la sangre fría.

Cuando un periodista les preguntó, en el transcurso de una conferencia de prensa, si la Policía de West Yorkshire no debería recurrir a Scotland Yard para resolver el enigma del "triángulo de la muerte", la respuesta fue: "Sí, cuando Scotland Yard lo gre coger el primer destripador...". ■ F.-O. G. © "Le Nouvel Observateur" y TRIUNFO, 1978.

ME levanté temprano, como todos los días. Puse agua para el té. Me extrañó que el perro estuviera dormido, que no viniera a saludarme con su acostumbrada euforia matinal. Pensé que habría tenido una mala noche: a veces los ruidos de la calle o de los vecinos le impiden dormir, no sabe que las paredes de Núñez y Navarro son de mantequilla. Entonces fui hasta la ventana. Por una rara costumbre, heredada de algún antepasado no urbano, miro hacia la calle, todas las mañanas, como los hombres de la costa miran el mar y los del campo el horizonte.

Pero esta vez me asusté: la plaza había desaparecido. Me restregué los ojos, pensando que todavía estaba un poco dormida; a veces sueño que estoy despierta, podía ser una pesadilla así. Cuando volví a abrirlos, sin embargo, lo comprobé: la plaza, con sus árboles raquíticos, cenicientos de polución, ya no estaba. Pero algo peor: tampoco podía ver esas deliciosas cajas de zapatos

compartimentadas (Núñez y Navarro) que sirven para endeudarse por el resto de la vida y cuando uno las acaba de pagar hay que abandonarlas por inservibles. Ni pude divisar el exquisito laboratorio que diariamente produce decenas de miles de fármacos, óxidos, ácidos no-degradables, al costado de la plaza. "Seguro que por la noche un ovni me secuestró y ahora estoy viajando por el espacio sin darme cuenta", pensé, ante la atmósfera espesa, densa, que me rodeaba. Instantáneamente sentí que me dolía la cabeza, tenía la garganta seca y me lloraban los ojos. Pero delante mío había una ventana, así que la abrí. Fue muy sorprendente palpar por primera vez en la vida la densidad del aire. Uno está acostumbrado a creer que la densidad de los gases es un concepto abstracto; pues bien, ahora supe que no era así. El aire, señores, era un sólido, con partículas ácidas y oscuras perfectamente visibles, tangibles, pesables. Un sólido que se tragaba los árboles, el césped raquítico, los bancos de la plaza y que podía entrar por la ventana, como entró, tragándose entonces el sofá del "living", la estantería con los libros y las fotos que cuelgan de las paredes.

También se tragaba al perro, porque cuando el pobre pudo ponerse en pie y se acercó no lo vi; ladraba para indicarme su presencia, no muy lejos del lugar donde yo estaba, pero en esa niebla espesa que había invadido la casa no podía divisarlo. A tientas me dirigí a la cocina, para apagar el fuego, porque con tanto gas suelto en cualquier momento toda la casa entraba en combustión. Me costó mucho llegar hasta el teléfono; por el camino tropecé con una silla invisible, y comprendí mucho mejor a Borges. Marqué el número que viene indicado en la "Guía del Ocio" para casos de urgencia (por suerte lo sabía de memoria, de lo contrario no sé cómo

hubiera hecho para leerlo) y pregunté cómo íbamos en la escala de polución. ¡Sensacional!: estábamos a nivel superior al europeo (por fin podíamos desprendernos de ese terrible complejo de inferioridad), incluso mejor que el mexicano, lo cual es decir, porque, como ustedes saben, los mexicanos son los que más se reproducen y los que más polucionan, aunque no se sabe qué clase de relación hay entre ambas cosas. Como en los aviones (mejor dicho, como en las películas de aviones, porque sólo los suicidas están dispuestos a viajar en DC-10), la telefonista decía: "Esta es una emergencia. Esta es una emergencia". Mejor no encender los cigarrillos y abrocharse los cinturones, que es lo que siempre recomiendo el ministro de Economía (que está haciendo horas extras gratis, para dar el ejemplo). Rápidamente me puse a pensar cuáles eran las medidas para estas situaciones, chaleco salvavidas en el bolsillo del asiento.

A esa altura, ya tenía



APOCALIPSIS NOW

CRISTINA PERI ROSSI

un dolor en el centro del pecho que no auguraba nada bueno. Conozco a algunos antiabortistas, pero nunca supe que fabricar máscaras antigás para los deliciosos bebés salvados de una muerte para prepararlos para otra. Conozco acérrimos opositores al divorcio, especialmente cuando ambos cónyuges y los hijos lo desean, pero no creo que tengan botellas de oxígeno para suministrar a los sitiados por la polución. En fin, como siempre, había que arreglárselas sola, a lo sumo con el perro, porque Suárez está aprendiendo economía para la próxima vez que gane las elecciones y el Mundial cada día más cerca. Además, con los ojos llenos de lágrimas difícilmente podía leer en alfalfa las instrucciones para una vida sana en el campo. "¿Cómo vamos ahora?", volví a preguntar a la telefonista, la cual, con voz neutra e imparcial, como corresponde a las azafatas de cualquier cosa, me respondió que estábamos sobrepasando el límite de lo muy peligroso. Angustiada, le pregunté qué venía después, y me dijo: "Lo más peligroso todavía". Y Tarradellas, con gripe. Reuniendo todo mi valor, me animé a preguntarle: "¿Cuánto nos falta para lo peor?". "Muy poco", respondió lacónicamente. Tragó saliva, pero me di cuenta de que no tenía. Y ya estaba dejando de sudar también. El perro, con los ojos completamente enrojecidos, agonizaba a mi lado. Le había inyectado todas las vacunas; lo llevaba una vez por mes al veterinario y no le daba de comer carne de ternera, de esa sospechosamente rosada, la de las vacas hormonadas; lo bañaba con un jabón neutro y no le permitía comer dulces, químicamente adulterados. Pero no lo había preparado para vivir en ciudades tan civilizadas. "Y qué vendrá después de lo peor?", le pregunté, azorada, a la telefonista. "Jomeini", me contestó secamente. ■